

Enrique Labrador Ruiz colecciona el ensueño en Reina 108. Para este escritor La Habana abre un viejo abanico de colores cerca del lento y fabuloso Barrio Chino. En su biblioteca las horas se detienen en estatuillas de marfil, en barrocos y relucientes objetos de porcelana, en agresivas máscaras de Oriente.

En su casa Pablo Neruda ha apresado en un gordo frasco la cromática magia del mar. La anémona marina y la retorcida caracola nacarada; la convulsa rama de coral y el vidrio ultravioleta pacientemente gastada por las olas; el alga de frágil verde y la porosa piedra estrellada; la esponja, la geografía del abismo y el reflejo del alba en el agua.

Enrique Labrador Ruiz vive en una biblioteca-museo, en medio de una decoración cuidadosamente realizada como para que en ella pueda habitar la soledad y dialogar en la penumbra con esa misteriosa pianista con rostro y vestimenta de monja, de novia y de muerte, que el gran pintor Fidelio Ponce ha colgado entre los libros y las pipas de Enrique.

—Todo coleccionista es un descentrado — me decía hace poco este inmejorable amigo cubano, mientras paseábamos por el ancho malecón de La Habana, de esta Habana tan parecida en algo a Nápoles, de esta Habana que el mar toma por la cintura, mientras ella toca una joven guitarra sensual.

Tambor, tamboril, tamborilero de África y América. Són en la brisa del sur, en la palmera, en la bahía de la noche iluminada, en la mañana que sostiene lentas gaviotas en el aire de los grises edificios. Aquí la piedra antigua y la flor de los jardines; la áspera muralla hispánica y el flamboyán equinoccial; las calles con sombrillas; las muchachas con ligeros trajes que recuerdan tiempos helénicos; los galgos que van a lamer los arrecifes de coral.

En un español muy francesamente pronunciado, el hierético poeta negro de Haití, Rousan Camille, nos dice cuando de pronto se aparece en silencio a esta ciudad:

—¡Qué Havana! ¡Queeeee... Havana! Es la ciudad donde uno siente más sed, porque siente sed de ella misma.

Enrique Labrador Ruiz prefiere a La Habana de noche, ruidosa e iluminada, con anchos bares hasta en la puerta del cementerio, con barcos que pasan como grandes ataúdes rodeados de cirios entre montañas de carbón relucientes bajo las estrellas, y acordeones de marineros. Prefiere a La Habana de noche, porque el día es para su biblioteca, para sus novelas *gaseiformes* y sus cuentos *neblinosos*.

—Entre mis libros en la penumbra de mi biblioteca, yo soy el gobernador del mundo — nos dice — así como tú eres el jefe civil de una nube, según Andrés Eloy Blanco.

Y en verdad su biblioteca-museo es un mundo, un maravilloso mundo. De México, de los Estados Unidos, de Colombia, de todos los países que ha visitado, se ha traído las más raras y antiguas ediciones, los más subyugantes títulos. Hay en su biblioteca toda una serie de libros sobre el mar. Es gran amigo del profesor Beeb, el hombre que en su *batisfera* ha descendido a la noche imperturbable del océano, a los silenciosos abismos, allí donde descansan los barcos hundidos, los esqueletos de los monstruos marinos; donde los ahogados han construido sus negras ciudades iluminadas por raudas constelaciones de peces fosforescentes.

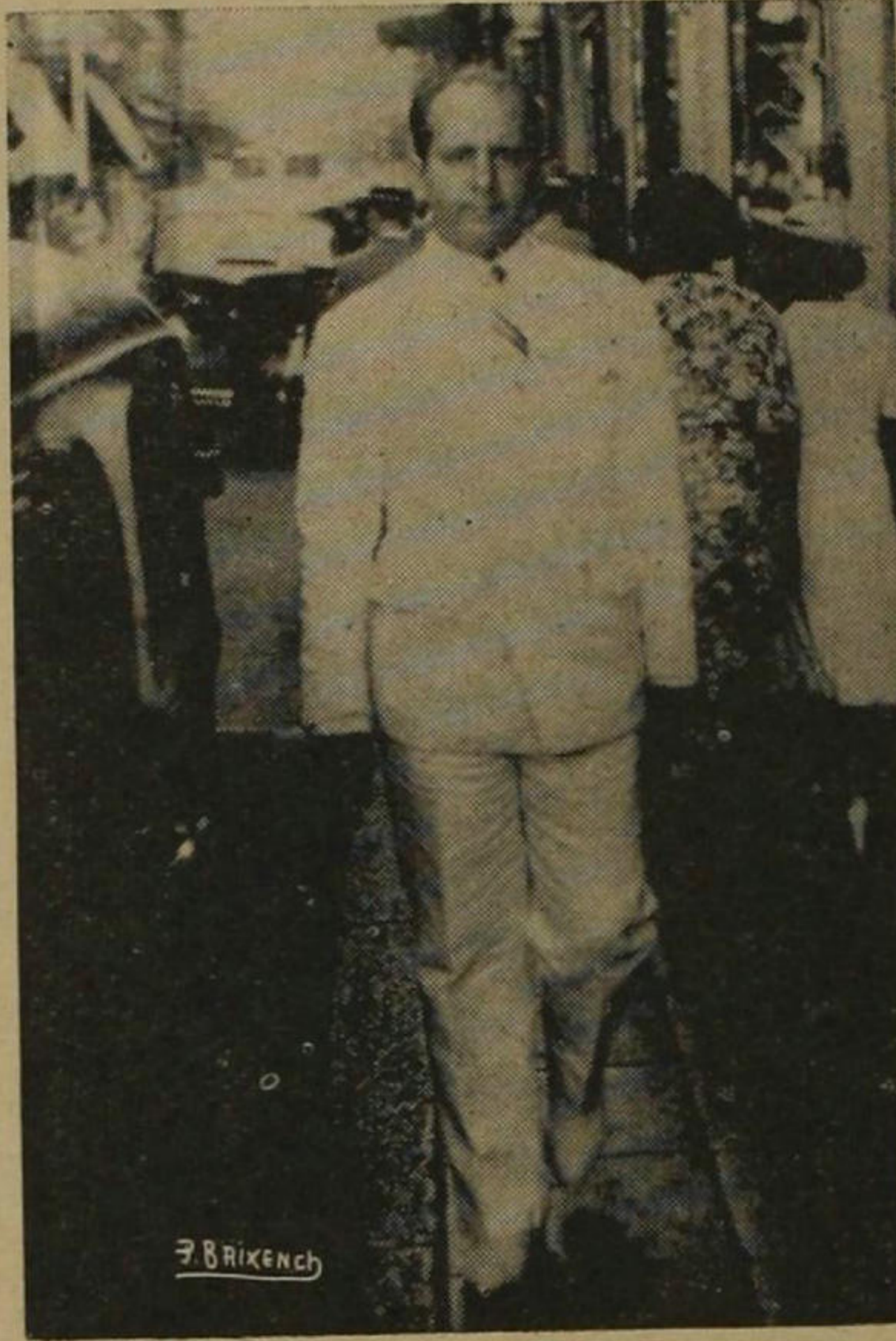
Enrique Labrador Ruiz guarda la poesía de todos los tiempos en volúmenes empastados a manera de sabrosas tablas de chocolate. En Jujosos estantes de madera labrada, están la fi-

UN CREYON CUBANO

Enrique Labrador Ruiz, viajero de la angustia

Por Vicente GERBASI

(Envío de E. L. R., en La Habana).



Labrador Ruiz en una calle de La Habana, 1939.

lososofía, el ensayo, la novela, el cuento, los alucinantes libros de viajes.

—La vida del hombre es un extraordinario viaje. Cuando no se puede viajar en barco o en avión, hay que hacerlo en la lectura. Pero viajar, viajar, siempre viajar, caer de pronto en lejanas ciudades, cruzar comarcas salvajes, llegar a parajes que antes sólo han existido en nuestros sueños.

Unos cuantos libros de cabecera están en un mueble giratorio: Dostoiewsky, Balzac, Poe, Kafka, Melville. Claro, es "Moby Dick", la *ballena blanca*, la anónima aventura de los océanos, las soturnas tempestades ululantes entre las flotantes montañas de hielo, las tranquilas noches de los mares tropicales que impulsan lejanas músicas de estrellas, la muerte tendida en las aguas, con brazos y cabellos y los ojos vueltos hacia las nubes y el lento vuelo de las aves migratorias.

Sí, este es el mundo de Enrique. Le hubiera gustado pescar ballenas, o andar por las nieves del Gran Lama, o buscar la muerte como la buscó Gauguin. Por eso cuando no viaja está entre sus libros, como la bestia herida se refugia en su cueva.

Su dramática nostalgia de viajes le ha permitido darle extraña forma a su existencia. No es un tipo monástico, pero sí le gusta encerrarse para vivir imaginando, recordando, reconstruyendo días. Le gusta tener ante sus ojos las cosas que ha recogido en sus viajes. Cuelga de las paredes armas de guerrilleros, sombreros charros, idolillos, animales disecados, pipas, retratos.

Este escritor no usa espejos. Prefiere mirarse en las numerosas caricaturas que tiene en su cuarto. Sabe que las furias de los días nos

podrían reducir a nuestra propia caricatura. Los espejos nos muestran, apaciblemente, lo que somos; las caricaturas, violentamente, lo que podríamos llegar a ser.

En la azotea de su apartamento, en medio de techos habaneros, Enrique hace, al levantarse, media hora de ejercicios con un par de muletas, mientras lo miran asombrados dos pequeños morrocayos que hace poco le mandó en avión desde Ciudad Bolívar, Venezuela, el Profesor Sifontes, un venezolano que se conoce la vida íntima del Orinoco.

Entre cajas de tabaco, revólveres, pistolas, objetos de bronce realizados por el genial Rebajes, uno de los dueños espirituales de New York, está su ya prediluviana máquina de escribir, de la que han salido sus raras *novelas gaseiformes* y sus cuentos de demoníaco dinamismo. Actualmente Enrique Labrador Ruiz escribe la angustiante biografía de un maniquí. Encontró a su personaje ya muerto, descolorido y con un brazo desgarrado, en un oscuro rincón de una sastrería bananera.

Enrique escribe en una penumbra presidida por los grandes pintores contemporáneos de Cuba: Amelia Peláez, Fidelio Ponce, René Portocarrero, Carlos Enríquez, Cundo Bermúdez, Felipe Orlando, Luis Martínez Pedro, Mario Carreño, Jorge Arche, Víctor Manuel. Para estos extraordinarios creadores, color y movimiento son una sola cosa. Ponce logra, inclusive, el dramatismo del color.

Para Enrique Labrador Ruiz la literatura es vida: movimiento y color.

Por eso, como hombre y como escritor prefiere por sobre todas las cosas el viaje. En el viaje se unen la realidad y el sueño. En ellos la imaginación se hace realidad, y la vida, regida por el misterioso destino, se enriquece de maravillosas experiencias.

Vive inventando viajes. Hace poco fué a Nueva York con el único y fantástico objeto de ver la más grande nevada que le ha tocado en suerte a aquella urbe. Días después fué a Venezuela. El Orinoco le sorprendió de tal modo, que al verlo se lanzó a sus turbulentas aguas. En la Guayana, allá, donde según la leyenda, se esconde El Dorado, quiso visitar "las mansiones verdes". Anduvo por la ruta de Marcos Vargas, el personaje de Rómulo Gallegos, y en los parajes más sombríos de la selva oyó el grito lúgubre de la araña-mona, la voz de Canaima, el demonio de los indios.

En la Gran Sabana, una alta meseta venezolana, que cercada por caprichosas convulsiones geológicas, se extiende hasta la frontera del Brasil, se hizo amigo de los caciques indígenas, quienes en una bulliciosa fiesta nocturna, iluminada con fogatas, le ofrecieron típicos presentes que ahora guarda en su apartamento entre otros recuerdos de lejanas geografías.

Es amigo del pseudónimo, pero nunca ha usado ninguno porque sabe que su nombre posee la calidad rebuscada de los pseudónimos. Muchos de los que se cambian el nombre lo hacen porque con el propio no podrían ir a ninguna parte. En su libro "Papel de Fumar" que subtitula *Cenizas de Conversación*, nos recuerda que Boccaccio se llama Giovanin di